

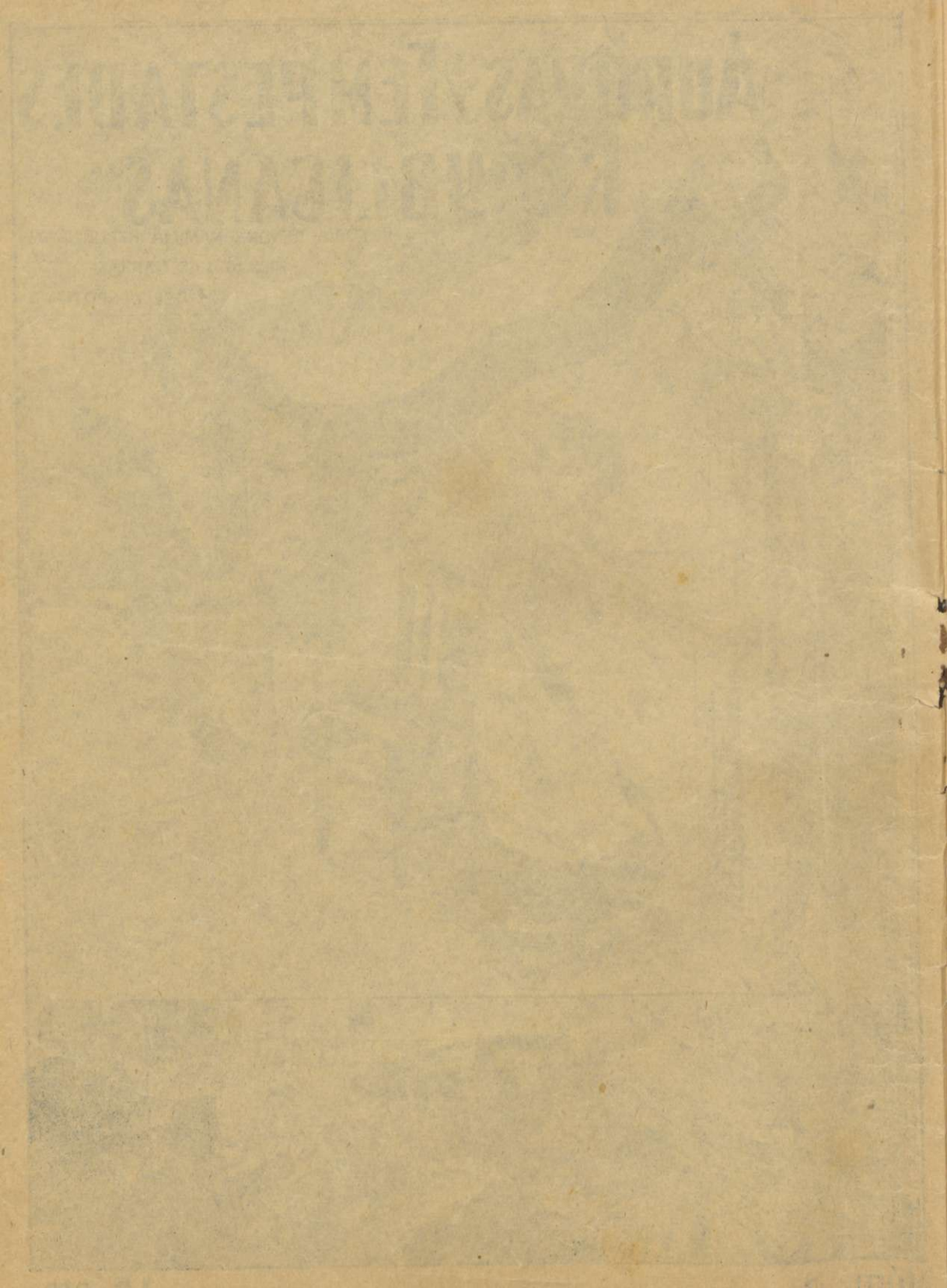
AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA

BAJO LAS GARRAS

DEL DESPOTISMO







CAPITULO XV

UN GRITO EN LA NOCHE

I: LA CONFESION.—II: EL PELIGRO.—III: UNA CONVERSACION MOLESTA.
IV: ORDENES URGENTES.

I

LA CONFESION

—¿Está más animada, hermana?

Al escuchar aquellas palabras, pronunciadas con un tono de amable conmiseración, Carmen alzó la blanca y atormentada frente.

Con los ojos muy abiertos y en los pálidos labios un ligero temblor, quedó silenciosa. Sus pupilas clavadas estaban en el rostro blanco de la religiosa, en la figura de recortada actitud que a Carmen le pareció surgir como inesperado fantasma en la zona de luz que ocupaba el umbral de la celda.

—Estoy bien, Sor Pilar.

—¡Muy triste!

—Tan triste, que ya me faltan fuerzas para no morir desesperada.

—¿No le ha bastado la paz de esta casa? He procurado que, a partir de aquella noche terrible en que tanto hubo usted de sufrir, nada pueda importunarle.

—Ya sé que ha sido usted muy buena conmigo.

—No lo sabe muy bien, Carmen. Algún día quizás conocerá minuciosamente cuanto ha sucedido.

—¿Querían sacarme de aquí?

—Le ruego que no pregunte demasiado. Comprenda que no podré responderle sin comprometerme mucho.

—Perdone, Sor Pilar. No había pensado...

—Sin determinar sucesos, fechas ni procedimientos, ya podrá imaginar usted de quién han partido esas intenciones.

—¡Me lo figuro! Tan poco ha bastado el tiempo para que retroceda ese hombre al que le debo las mayores amarguras de mi vida.

Hubo un silencio entre las dos mujeres y tras aquella pausa, Sor Pilar pronunció:

—Han pasado ya cerca de nueve meses y yo le aseguro que probaron todos los medios para que usted se alejara de nosotras.

—¿Nada sabe usted de la marquesa de Sierraplata?

—Mucho y poco agradable. Gracias a ella y mediante alguna pequeña mentira que Dios habrá de perdonarme, la puerta de esta celda ha resistido a todas las traiciones.

—¿Ha sufrido entonces?

—Tanto que a partir de la noche en que salió del convento, después de haber burlado al piquete militar, perdió, día por día, su influencia y sus riquezas.

—Es bien extraño.

—Más extraño aún, cuando, si hubiera querido ayudar luego a los enemigos de usted, las hubiese recuperado.

—Es generosa.

—Acaso el espanto de aquel martirio a que fué usted sometida pudo abrir su espíritu a la caridad y al arrepentimiento.

—Siendo lo que usted dice con mucho gusto le hubie esabierto mis brazos. Son tan pocos los amigos, que aun a los enemigos arrepentidos es preciso abrirles el corazón.

—La marquesa no puede entrar en el convento.

—¿Por qué?

La religiosa miró rápidamente hacia la puerta de la celda.

—Oígame y olvide en seguida mis palabras... La superiora es incondicional de Sor Patrocinio.

—¡Ah!

—Ya comprenderá usted que sin el favor de los comprometidos en la facción, la marquesa no puede pisar estos pórtales. Quiso verle a usted a pesar de todo y más de una vez ha venido a Guadalajara recatadamente rondando el convento casi pegada a la verja del jardín.

—Entonces...

—Ya veo que no recuerda usted mis consejos para que saliera de la celda y paseara en alguna ocasión por el huerto. Usted no quiso atenderme...

—No fué por falta de deseo, sor Pilar. Siquiera por agradecimiento a usted la hubiese obedecido.

—¿Por falta de energía?

—¡No! Sencillamente... por necesidad imperiosa de estar encerrada.

—¿Y cómo? Si tenía usted y tiene libertad para salir...

—Todavía no sabe usted, Sor Pilar, lo que me sucede, lo que deseo ocultar sobre todas las cosas, lo que pudiendo ser mi mayor alegría constituye, sin embargo, mi más profunda desesperación.

—¿A qué se refiere?—interrogó la monja sorprendida.

—¿No lo adivina? ¿No pudo advertir nada?

—¡No!...

Entonces Carmen, perdiendo toda la fingida serenidad de que había dado muestras hasta tal momento, dejó caer el rostro sobre las manos abiertas y una explosión de sentimiento tradújose en copioso llanto.

Sor Pilar, francamente asustada por la ruidosa y triste manifestación de tan honda angustia, se acercó más a Carmen.

—Cálmese, hermana, cálmese. ¿Qué le sucede? Séame franca... completamente sincera. La estimo profundamente y quiero ayudarle con todas las fuerzas de mi alma, pero calle, por Dios, porque las dos nos estamos comprometiendo.

—¿Qué más da por mí? Que me escuchen, que vengan, que me martiricen.

- ¡Vamos! ¡Hable! ¡Explíquese por caridad!
- ¡Voy a ser madre, hermana!
- ¡Jesús!—exclamó la monja retrocediendo instintivamente.
- Siento que mi pobre hijo pugna ya por abrir las puertas de la vida y le quiero, le quiero hasta el punto de que no tengo valor para sacrificarme y sacrificarlo. ¡Sálvenos a los dos, sor Pilar! ¡Ayúdenos a vivir!... Que yo pueda tenerlo entre mis brazos, apretarlo sobre mi pecho...
- ¡Calle! ¡Calle, por Dios!... Ante todo que no puedan oírnos...
- Callaré, pero prometa ayudarme.
- Tranquilícese. ¡Dios nos ayudará!... Ahora dígame. ¿Esa criatura?...
- Fruto del único amor de toda mi vida. Es el hijo de Pedro, del hombre sacrificado canalllescamente, perseguido como a fiera dañina y muerto por fin, cuando todavía guardaba la esperanza de abrazarlo.
- ¿Tiene usted la seguridad?
- ¡Absoluta! Le conozco bien. Si viviera no hubiera pasado tanto tiempo sin que su pecho y sus brazos no hubieran venido a defenderme... Ahora, sor Pilar, ya lo sabe usted todo. Ahora podrá explicarse por qué no he salido de la celda, por qué desatendía su invitación.
- ¡Y qué haremos, Dios mío!
- Ya que dije mi secreto quisiera pedirle un gran favor.
- ¡Todo, todo lo que yo pueda!
- Deseo salir de aquí, abandonar este rincón de infamia. No quiero que mi hijo nazca en esta celda, donde fui martirizada y donde tanto he sufrido. Considere, Carmen, que todo es muy difícil en estos momentos.
- Usted conoce la casa; el convento es muy grande. Lléveme de aquí por caridad. No quisiera morir en estas sombras. Luz, siquiera luz para abrir por última vez los ojos a la vida.
- Sor Pilar pronunció quedamente, mientras apoyaba sobre los labios el dedo índice de su mano derecha.
- ¡Cuidado! Alguien viene... Alguna religiosa nos ha sorprendido. Acaso la superiora. No diga nada, ¡no se mueva!... Déjeme disculparme y disculparla. ¡Quiera Dios que no sepan la verdad!

II

EL PELIGRO

Los blandos y reposados pasos que Sor Pilar había escuchado detuviéronse por fin junto a la puerta de la celda.

- ¡Ave María Purísima!
- Sin pecado concebida, madre abadesa.
- ¿Qué hace aquí? ¿Acaso no sabe, hermana, que tengo prohibidas estas entrevistas?
- Es cierto. ¡No lo ignoro!
- Entonces...
- Ha sido un deber de caridad cristiana. Nuestra pupila hallase enferma y como nuestras celdas están próximas me atreví a faltar a sus órdenes.
- No es disculpa.
- Me faltó valor para obrar de otro modo.

—Para eso esán las hermanas enfermeras. Vuestra caridad debió avisar.

—Cuando vuestra reverencia ha llegado me disponía a realizarlo.

—Esta mujer, si está enferma, debe pasar inmediatamente a la enfermería.

—Será obedecida vuestra reverencia.

—Hágalo sin perder un instante. Luego que sea trasladada, vaya vuestra caridad a su celda. Soy contraria a ciertas cordialidades que se oponen a la rígida disciplina de la casa.

Carmen, entre tanto, agarrotaba su dolor, mordiéndose los labios para que una exclamación desesperada no pudiera delatarla.

Cuando después de algunos segundos sor Pilar estimó que había pasado el mayor peligro, alzó el rostro y animada del buen deseo que no podía hermanar con las circunstancias difíciles de aquellos instantes, preguntó en voz alta:

—¿Y qué haremos ahora? No puede usted permanecer aquí y a la enfermería...

—¡No! ¡No!... ¡De ningún modo!

—Ya lo comprendo. Se descubriría todo y entonces...

—La vida de mi hijo sobre todo, hermana. Me lo arrebatarían. ¡Lo perdería para siempre!... ¡Otra cosa, otra solución!

Sor Pilar meditó unos instantes y, por fin, empujada por una conmiseración infinita y por una simpatía profunda hacia Carmen, expresó:

—Tan sólo existe una solución y vamos a ponerla en práctica.

—¿Cuál?—preguntó anhelante la secuestrada.

—Prométame que guardará un silencio absoluto, mientras pueda. No lo haga por usted ni por mí, sino por esa criatura inocente que ha de venir al mundo.

—¡Hable! ¡Dígame! ¡Todo se lo prometo!

—Apóyese en mi brazo. Vamos a salir de aquí.

—¿Del convento?

—¡No! Eso no sería posible. Nos sorprenderían irremediamente.

—Entonces...

—La llevaré a mi celda. Tiene una ventana al exterior, es alegre y los pájaros vienen a cantar en el alfeizar.

—¿Y si la descubren?

—¡Paciencia! No estaría tranquila si obrara de otro modo.

—¡Que Dios se lo pague, sor Pilar!

—¡Vamos! ¡No perdamos tiempo! ¡Podrían volver!

Carmen obedeció. Alzóse del pobre asiento que ocupaba y colgóse del brazo de la religiosa.

Desierto estaba el largo pasillo. Sobre el muro partido a poca distancia del suelo aparecían las copas de los verdes árboles del patio conventual. Pasaron piando unas golondrinas.

Segundos más tarde penetraban las dos mujeres en la celda de sor Pilar y ésta obligó a Carmen a que ocupara su lecho. El sol iluminó entonces el rostro exangüe de la prisionera, que al recibir la luminosa e impalpable caricia cerró los ojos.

La monja ocupó una sillita baja junto a la cabecera del lecho, tomó entre sus manos el pesado rosario y con absoluta quietud espiritual comenzó a masitar la plegaria:

—Dicen que Castelar anda un poco asqueado de los suyos.

--“¡Dios te salve, María!”

Dos días después, y cuando ya corría la media noche llegó el momento cumbre. Las horas de inmenso dolor que habían de ser estranguladas por un silencio despótico y verdugo de la naturaleza.

Nadie, aparte de sor Pilar intervino.

Los gritos de agudo dolor físico y desesperante, los ahogó Carmen con singular heroísmo. La naturaleza cumplía sus funciones augustas y la barbarie y el egoísmo humano sofocaban la explosión magnífica de su triunfo.

¡Cuánta incertidumbre! ¡Cuánto rumor prestigiado terriblemente por un temor sin nombre y sin medida!

En un reloj lejano cantaban las doce campanadas de la media noche cuando una nueva vida agitábase sobre el sencillo lecho de la religiosa.

Sor Pilar tapó rápida todas las rendijas e intersticios. Taponó la cerradura, colocó una manta, doblada muchas veces, en el extremo inferior de la puerta para que el llanto del infante no pudiera descubrirlos.

Un momento después corría desolada a la ventana abierta.

—¡Podrían escucharlo desde fuera!

La cerró rápida y entonces pudo respirar más tranquila.

Más tarde le costó gran trabajo dominar el entusiasmo maternal de Carmen:

—¡Hijo! ¡Hijo mío!

Y mientras rodaba el llanto por las mejillas, los labios trémulos, por fin felices, en fuerza de ser desdichados, besaban avaros el rostro diminuto.

Con las primeras luces del nuevo día advino el silencio reparador. Nadie había interrumpido, nadie las había escuchado.

El primer rayo de sol sorprendió a Carmen durmiendo profundamente.

III

UNA CONVERSACION MOLESTA

¿Qué había ocurrido en Madrid durante aquellos nueve meses que ya duraba el secuestro de Carmen?

Casi la mayor parte del tiempo Gonzalo había luchado con la muerte venciendo al fin. Logró que sus heridas fueran cicatrizándose lentamente y conforme su salud iba en aumento creciendo iba también su recuerdo y con él los deseos hacia la mujer, no lograda y con tanta saña perseguida.

Ni las noticias del viejo duque, que pasaba largas horas junto a su cacería, refiriéndole las desdichas repetidas y graves de la joven República que ya caminaba por sendas de absoluto fracaso, podían distraerle de su primordial preocupación.

—Para hoy se anuncia una nueva crisis, Gonzalo.

—¡Bien! Lo esperaba.

—Como suponíamos, Salmerón, a pesar de gozar de la misma dictadura que Pi y Margall no ha podido sostenerse en el poder y ya tenemos a Castelar dueño de los destinos de los españoles.

—¡Así acabaremos antes!

—¡Naturalmente!... Lo mismo había pensado yo. Me parece que esta situación no durará mucho. ¿Sabes?... ¿Me oyes?

—¡Te oigo!

—¡No es verdad!

—¡Ya lo creo! Piensa muy alto para caminar tan bajo. A mí no me extrañaría que de sus propias manos surgiera...

—¡Cuánto te agradecería—exclamó Gonzalo, interrumpiendo al viejo duque—que no me hablaras de política!

—Pero, hijo... serás tú el único en toda España que puede sentir esa diferencia...

—¡Bien! Pero así es... Por ahora no quiero ni puedo preocuparme de semejante cosa!

—Tendrás que hacerlo después. Ya sabes que nuestro nombre nos obliga a ciertos compromisos...

—¡Ay, señor!

—¡Vaya! ¡Ya me callo!... ¿Quieres algo?

Gonzalo guardó una pausa, entornó los párpados y luego los alzó interrogando:

—¿Ha venido el padre Amador?

—Cuando vine le dejé en el gabinete.

—¡Vamos!... ¡Y no le hiciste pasar!

—Había supuesto que dormirías y no quise que viniera a molestarte.

—Hazle pasar. El padre Amador tiene una rara habilidad para distraerme.

—Y acaso para molestarte con tanta charla.

—¡Quién sabe! Si no quieres que pase me levantaré e iré a buscarlo.

—¡No! ¡Eso no! Todavía estás delicado y levantarte sería una imprudencia.

—¡Pues que lo llamen!

—Yo mismo le avisaré. No te preocupes...

Salió el viejo duque del lujoso dormitorio y segundos más tarde, entre los cortinajes del umbral, aparecía el rostro pálido del clérigo, animado por una fría sonrisa de fingida y servil amabilidad.

—¿Cómo está el duquesito?

—¡Vamos! ¡Vamos!... Un poco de paciencia todavía...

—Acérquese, padre Amador... Cuénteme. Estoy impaciente. ¿Noticias?

—Poca cosa...

—¿Qué dice la marquesa?

—Lo mismo que decía... Dice lo que siempre ha dicho...

—¿Ha procurado usted agobiarla?

—Tanto, que apenas sí puede comer todos los días.

—¿Y qué?

—¡Ni una palabra!... Esa mujer jura y perjura que Carmen murió en el convento a manos de sor Patrocinio.

—¡Mentira!

—Mentira será, pero lo cierto es que no podemos probar otra cosa.

Las pupilas de los dos hombres se encontraron. El clérigo fué el primero en separarlas del herido, pero Gonzalo le persiguió con las suyas y tras un breve silencio, exclamó:

—Usted me oculta algo. Usted sabe algo más que no quiere decirme.

—Quería reservármelo por ahora hasta...

—¡Hable! ¡Hable pronto! ¿Qué sucede?

El padre Amador inclinó el rostro y tras reflexionar algunos instantes expresó:

—¡Es una cosa extraña! ¡Muy extraña! Quién sabe si...

—¿Acabará usted?

—Sucede que... Ya sabes que Tomás nos ha servido bien y que los beneficios que recibe, por cierto que no son pocos, sabe agradecerlos ...

—¡Bien!... ¡Adelante!

—No creyendo yo en absoluto las palabras de la marquesa, no obstante cuanto la estamos sacrificando, vengo desde hace tiempo utilizando a Tomás para que vigile el convento de la Concepción. A veces, donde menos piensa el cazador, salta la liebre.

—¡Bueno! ¿Qué más?

—Pues resulta que Tomás ha venido de Guadalajara esta mañana. Apenas había amanecido cuando, al abrir los ojos, lo encontré cerca de la cama y...

—¿Y qué?

—Según dice... esta noche pasada, y en ocasión en que rondaba las tapias del convento, escuchó a través de la ventana abierta de una celda el llanto de un niño.

—Eso es importante. Es un detalle que no debemos despreciar.

—¡Bah!

—¡Espere! Tenga en cuenta el tiempo a partir de la fecha en que murió Pedro Recio... ¿Por qué no?

—Si ese chico... Mejor dicho, si Carmen viviera y la marquesa nos hubiera engañado y esa criatura fuera suya...

—¿Qué?

—Las monjas la hubieran expulsado del convento.

—¿Y si no lo saben?

—¿Cómo no han de saberlo?

—Imagine usted que Carmen ha tenido quien la favorezca.

El padre Amador reflexionó unos instantes y exclamó por fin:

—Quién sabe si tendrás razón... aunque lo considero muy difícil.

IV

ORDENES URGENTES

Gonzalo, sin poder dominar su nerviosidad, habíase sentado sobre el lecho. Retorcía sus manos, estrujaba con los trémulos dedos los albos puños de la blanda camisa y súbitamente, preguntó resuelto al sacerdote:

—¿Usted cree que si la superiora del convento pudiera comprobar una cosa semejante expulsarían a la interesada?

—¡Sin la menor duda!

—A pesar de... los pesares.

—¡A pesar de todo!

—¿Es decir, que ante eso las órdenes de sor Patrocinio?...

—Conozco a la madre abadesa y desde luego...

—Bien—interrumpió Gonzalo—. ¿Dónde está Tomás?

—En la portería.

—Mándele subir. ¡Llame! ¡Ahí está la campanilla!

—Pero...

—¡Nada! ¡No trate de disuadirme!

—Es que...

—Voy a levantarme inmediatamente.

—¡Eso no puede ser!

—Ya verá como se equivoca. ¡Llame a Tomás!

Había tanta resolución en la orden que el padre Amador no se atrevió a desobedecerla. ¡Gonzalo era demasiado rico para que sus caprichos no fueran respetados!

Minutos más tarde y cuando el duquesito acababa de vestirse, sin admitir para ello los servicios del ayuda de cámara, apareció en el umbral del dormitorio el sacristanesco personaje, cómplice del padre Amador y propagador de la falsa muerte de Pedro Recio.

Próximo ya al centro de la estancia se detuvo y Gonzalo se le acercó, interrogándole:

—¿Estás seguro de haber oído llorar a esa criatura?

—Segurísimo. En el silencio de la noche no podía engañarme.

—¡Bien! ¡Eso es!... ¡Sí!

Y Gonzalo, nervioso, volvióse al clérigo, añadiendo:

—Es indudable, padre Amador. ¡Indudable!

El sacerdote atrevióse a insinuar:

—Y aunque así fuera... no creo que después de lo sucedido esa muchacha pueda interesarte.

—¿Cómo no?... ¡Antes, ahora y siempre!

—¡Vaya por Dios!

—Tú, Tomás—dijo el duquesito—vas a preparar el coche sin perder un minuto y los tres, antes de media hora, saldremos para Guadalajara.

El clérigo intervino:

—Atiende a que yo...

—Usted pasará a ver a la superiora...

—Ya sabes que Sor Patrocinio y yo, desde que tu padre se inclina a los alfonsinos, no hacemos muy buenas migas.

—Usted entrará en el convento, a pesar de todo.

—Pero, ¿con qué justificación?

—Muy sencillo... ¡Para denunciar lo que Tomás ha escuchado!

—¿Y si no fuera lo que nos figuramos?

—¡Le sobra a usted habilidad para salir airoso de un mal paso!

—No sé... ¡No sé!

—¡Adelante! Vamos abajo. Saldremos por esta puerta excusada a fin de que mi padre no pueda sorprendernos.

—¡Un momento!—exclamó el clérigo todavía.

—¿Qué?

—¿Y si resultara cierto, entonces?...

—Al expulsarla del convento recogemos a Carmen y nos la traemos a Madrid.

—Pero... ¿Y la criatura?

—¡Bah! ¡Vaya un inconveniente! ¡Tomás encontrará un buen medio para que la perdamos de vista!

Tomás afirmó, resuelto, mientras una sonrisa vagaba por su rostro antipático.

Todo se cumplió como estaba propuesto. Media hora después iniciábase el improvisado viaje.



CAPITULO XVI

EL MILAGRO

I: UN PASO DIFICIL.—II: HORAS DE ANGUSTIA.—III: LA TENTACION.
IV: NOCHE TRAGICA.

I

UN PASO DIFICIL

Trabajo le costó al padre Amador pasar de la portería del convento. La hermana tornera respetaba profundamente las órdenes de la madre abadesa y aquéllas eran bastante rigurosas respecto al clérigo.

Primero procuró el sacerdote imponerse por la autoridad de sus hábitos.
—Piense, hermana tornera, que cuando estoy aquí será porque asuntos de mucho interés así lo exigen.

—No lo dudo—respondía la monja—, pero no es bastante razón para que yo pueda complacerle.

—Será necesario que le explique.

—¡De ningún modo! No es usted quién, padre Amador, para acusarme de semejante pecado. No acostumbro a pretender enterarme de cosas que no me incumben.

—Entonces...

—Diríjase a la madre abadesa por escrito y si después de recibida la carta me dan respecto a su visita órdenes contrarias a las que tengo, puede usted volver, en la seguridad de que será complacido.

—Demasiado trámite, hermana tornera.

—Es imprescindible. De otro modo...

—Le ruego que me atienda, hermana. Se trata de un asunto muy grave para la honra y el buen nombre de la comunidad.

—¡Jesús! ¡Qué cosas dice!

—¡La verdad! Si usted no me obedece, quién sabe lo que puede suceder. El carruaje y en él Tomás y el duquesito, había quedado a pocos metros de la verja que cerraba el huerto conventual.

El padre Amador, mientras la monja reflexionaba acerca de sus últimas palabras, giró el rostro hacia el portal y, de lejos, cambió una mirada de inquietud con el aristócrata.

La monja desapareció y a poco volvía con el deseado permiso.

—La madre abadesa dice que puede usted pasar...

—¡Gracias a Dios!

Minutos más tarde el clérigo hallábase frente a sor María. En actitud recogida esperó a ser interrogado:

—Sepamos, por fin—dijo la monja—qué suceso tan grave es el que viene usted a comunicarme... Supongo que no será nada relativo a la recomendada de sor Patrocinio.

El sacerdote apenas pudo reprimir la impresión que le produjeron aquellas palabras.

—Desde luego—imaginó—. Carmen vive y la marquesa nos ha engañado. Ahora está todo perfectamente claro.

Hecha esta reflexión lanzóse resueltamente a cumplir los deseos del aristócrata.

Dando a sus palabras la entonación más suave de que fué capaz, expresó:

—Precisamente, madre abadesa, quiero referirme a esa muchacha.

—Pues hemos terminado nuestra entrevista. Poco más o menos sé cuanto sucede y esta santa casa no puede mezclarse en ciertas cosas que resultarían denigrantes y...

—Perdón. Vuestra reverencia hará bien en permitir que acabe de explicarme.

—Ya le dije, padre Amador...

—Es que se trata, madre superiora, de evitar una vergüenza... acaso un escándalo irremediable.

—¿Qué?—exclamó la monja sorprendida.

—Dígame. ¿No advirtió nada anormal en esa mujer?

—¿Anormal?... No sé... Recuerdo que hace unos días hallábase indispuesta y ordené que pasara a la enfermería.

—¿Y se ha enterado de algo más? Por ejemplo... si la orden fué obedecida.

—Mis órdenes se cumplen siempre, padre Amador.

—¿No estima vuestra reverencia que en ese caso merecería la pena comprobarlo?

—¿Usted cree?

—Estoy completamente seguro.

—¿Por qué razón?

—En la pasada noche alguien ha podido escuchar a través de una ventana del convento el llanto de una criatura.

—¡Imposible!

—Absolutamente cierto sor María.

—La celda de esa mujer no tiene comunicación con el exterior.

—Pudo muy bien trasladarse, si no a la enfermería, a otra celda que la tuviera.

—Ha conseguido usted inquietarme.

—Me permito recordar a vuestra reverencia que el asunto merece la pena de aclararlo.

—Pronto sabremos a qué atenernos.

A poco aparecía una monja enfermera en el umbral del aposento. La superiora interrogó breve, concisa.

—¿Conoce usted a esa muchacha que tenemos amparada en el convento?

—Apenas la he visto dos veces.

—¿Está segura?

—¿Está segura?

—Sin duda. Quizás no ha sido más que una vez.

—¡Es extraño! Ilace muy poco pasó a la enfermería. Se hallaba indispueta y forzosamente...

—Perdón, madre abadesa... Esa mujer no ha estado nunca en la enfermería.

Sor María mordióse los labios para contener una exclamación de sorpresa y cuando pudo recobrar la serenidad, despidió a la monja con un gesto. Solos de nuevo el padre Amador atrevióse a pronunciar tras una débil sonrisa:

—Espero que vuestra reverencia comenzará a darme la razón.

—¡Es intolerable! ¡Intolerable!

—¡Pero cierto!

La monja se alzó del sillón que ocupaba y, resuelta, dirigióse al umbral del aposento.

—Acompáñeme. Ahora recuerdo un detalle en el que puede hallarse la verdad.

—¡Vamos!... ¡Por fin!

Sor María y el sacerdote corrieron como dos sombras a lo largo de los silenciosos corredores hasta que la monja, jadeante, sin preocuparse de fingir una serenidad que no sentía, detúvose junto a la puerta de la celda de sor Pilar.

Empujó con bastante violencia, pero el movimiento resultó inútil. La puerta estaba cerrada.

Entonces golpeó nerviosa las maderas y tanto sor María como el sacerdote pudieron escuchar un doble grito de angustia estrangulado por una profunda emoción.

—¡Abra!—gritó la monja—. ¡Abra inmediatamente!

La orden fué obedecida y junto a la puerta apareció sor Pilar.

Hincadas tenía las rodillas en el pavimento de la celda y sus brazos alzárone suplicantes:

—¡Perdón, madre abadesa!... ¡Perdón!

—¿Qué hace aquí esta mujer?

Antes de que la monja pudiera responder sor María descubrió al niño junto a Carmen, que había palidecido intensamente.

—¡Jesús! ¿Y esa criatura?

—¡Piedad para él, señora!—exclamó Carmen, adelantándose.

Traía sobre los brazos al niño y en sus pupilas había la expresión de un dolor infinito y de una inquietud profunda y agobiadora.

La superiora retrocedió como si el posible contacto con la mujer poseída pudiera abrasarla.

—¡Por caridad, señora! ¡Por el amor de Dios!

—¡Silencio! También han llegado aquí las salpicaduras del arroyo, del vicio. ¡Salga usted de aquí sin perder un segundo!

—¡Apenas puedo andar!

—¡Salga, salga si no quiere ser arrojada de esta santa casa!

—¡Nada poseo! ¡Nadie querrá auxiliarme! Mi pobre hijo morirá en mitad de la calle...

—¡Bah!... ¡Poco ha de perderse! De un hereje y de una mujerzuela ha nacido y antes será vergüenza que honra para el mundo.

Carmen sintió que súbitas energías le hacían alzarse con insospechada arrogancia. Todo el amor al hijo rebeló su sangre joven y ardiente. Apretó al niño, convulsiva sobre el pecho alto y blanquísimo y exclamó:

—¡Miente usted! Miente y ofende a Dios con sus palabras. Soy honrada, honrada porque todo el amor de mi alma lo di para engendrar esta criatura, porque los que como usted pueden despreciarme asesinaron a su padre canalllescamente para envilecerme. ¡Fuera! ¡Paso! Ahora soy yo la que se mancha entre ustedes, la que desea salir de esta casa de reptiles.

Y Carmen, empujando a sor María, atravesó el umbral y como loca corrió pasillo adelante.

Minutos más tarde y seguida por el padre Amador, ganaba el ancho portal del convento.

Detúvose de pronto al advertir el carruaje. Quiso luego avanzar, pero un grito de angustia escapóse de su garganta. Acababa de descubrir a Gonzalo que risueño, avanzaba una vez más hacia su presa.

Carmen hallóse entonces en una situación tan comprometida como inesperada.

No podía retroceder. Tras ella habíanse cerrado las puertas del convento y si avanzaba las garras del aristócrata esperábanle sin salvación posible.

Unos segundos que valieron por una eternidad.

De pronto Carmen advirtió que la sujetaban por uno de sus brazos. La presión era fuerte, pero no violenta, enérgica y dulce sin embargo. Advirtió que la mano que la retenía temblaba nerviosa.

Antes que pudiera girar el rostro, descubrió a Gonzalo que, palidísimo, retrocedía hacia el carruaje.

Cuando nuestra protagonista llevó sus pupilas al nuevo e inesperado actor de aquella escena creyóse víctima de una pesadilla y a punto estuvo de desplomarse. Lo evitó el brazo generoso y fuerte que la sostenía.

¿Era sueño? ¿Realidad?

—¡Pedro!

—¡Carmen de mi alma!

II

HORAS DE ANGUSTIA

Romper el bloqueo era cosa por demás atrevida y a todas luces punto menos que imposible. Sin embargo, el heroísmo suele confundirse frecuentemente con su hermana gemela la desesperación y, no en pocos casos, con la defensa rabiosa y resuelta de la propia vida.

De todo habría quizás en aquella gesta silenciosa realizada a través de las sombras y en espera siempre de que la luz trágica de un fogonazo convirtiera en inmovilidad definitiva la nerviosa actividad de los sublevados.

El puerto de Cartagena, la ciudad rebelde, dibujábase difícilmente en las sombras espesas. Los navíos del gobierno central bloqueaban la entra del puerto, recortándose en la noche como silenciosos y amenazadores fantasmas.

Era preciso burlarlos, pasar junto al costado erizado de cañones, evitar la vigilancia, las pupilas de los centinelas que dispararían a la menor sospecha, al más leve rumor de los remos al golpear las aguas negras, impenetrables, como un remordimiento.

Pernas habló rápida y quedamente:

—¡Cuerpo a tierra!

Recio y los que le acompañaban tendiéronse sobre el piso de tablas de la barca que los conducía.

Los remos recogieron sin ruido y la pequeña embarcación, empujada

hacia la dársena por una brisa providencial, avanzó como un pequeño buque fantasma que desafiara en la sombra al terrible misterio de la muerte.

Menos de una hora pasó en aquel trámite comprometido, pero aquellos sesenta minutos fueron eternos. Parecía que no iban a pasar nunca. Por fin la barca salvó la oscura bocana que ponía en comunicación el mar libre con la bahía espaciosa.

Las temblorosas luces, verde y roja, de los faros, como símbolo de martirio y de sangre, iluminaron leves y fantasmagóricas, la pequeña embarcación, hasta que ésta, avanzando, hundióse de nuevo en la sombra espesa y acogedora.

Recio fué el primero en erguirse. Le repugnaba pasar escondido como un traidor, junto a los buques que, fuera de la dársena representaban aquel poder republicano nacido entre locas aclamaciones de júbilo inmenso y por el que repetidamente había presentado su pecho a las balas.

—¿Ya estamos?—interrogó a sus compañeros.

—¡Ya!—le respondieron, tras un suspiro de satisfacción.

Hubo entre Pernas y los oficiales que le acompañaban un rápido cambio de palabras:

—Debemos ir derechos a tierra—opinaba el primero.

—Ante todo es preciso ver a Contreras—le replicaron—. Para mañana se anuncia la salida de la escuadra.

—¡Imposible! Nos comerá la metralla.

—Saldremos sin embargo. Es cosa decidida. Nos conviene entrar en el arsenal. Allí encontraremos al comité revolucionario y usted podrá encargarse de la fuerza.

Lo resolvieron así tras algunas vacilaciones y minutos más tarde, Pedro Recio y sus compañeros de aventura pisaban tierra firme.

Antonete Gálvez, el campesino alma del cantón murciano, acuchillado el rostro por hondos surcos que hacíanse más pronunciados en la frente atormentada por la inquietud, clavó las grises e inquisitivas pupilas en nuestro protagonista y después de mirarle despacio, de bucear en su alma resuelta y heroica, le interrogó:

—¿Sabes a lo que vienes aquí?

—A pelear por la libertad y por España.

Gálvez echó hacia atrás la cabeza. A punto estuvo de rechazar la última palabra de la frase, de rechazarla con violencia, con todo el encono que presidía aquella lucha contra el centralismo que juzgaban de modo muy contrario a como las esperanzas de Recio podían considerarlo. Varió de táctica y, exclamó por fin:

—¡Pelemos por la libertad!... Por España...

—Por España siempre... A todas horas y en todos los momenos. España es la patria de todos. La mía y la de usted también.

—Tienes razón—adujo Gálvez, vencido—, pero si allá no saben conseguir o no pueden lograr esa libertad que necesitamos, la hemos de conseguir nosotros, imponiendo nuestra razón y nuestro entusiasmo.

Recio, cuyo espíritu estaba ciertamente muy lejos de aquella conversación, quiso replicar, sin embargo, pero la súbita presencia de Pernas, acompañado por el general Contreras, vino a cambiar el curso de la conferencia.

Recio pasó a un segundo plano, limitándose a esperar órdenes.

III

LA TENTACION

¡Cuántas veces hubo de arrepentirse nuestro protagonista de aquella expedición a luchar junto a hombres cuyo entusiasmo no sentía y cuyas pasajeras victorias iban a entristecerle más que a regocijar su espíritu!

Tenía un grado militar en aquel improvisado ejército y desde las altas murallas y a través de las espesas aspilleras, miraba con dolor, acaso con envidia, el ejército sitiador, aquel ejército al que no podría llegar por su calidad de perseguido.

—¡Maldita sea!—decíase, sin que la maldición llegara a sus labios—. ¿Por qué la combaten, por qué mi república, la nuestra, la grande, la esperada, no ha de ser tan fuerte que nadie pueda discutirla y tan poderosa que pueda aplastar al que contra ella se rebele?

Mandaba sin energía y solamente cuando los proyectiles que bombardeaban la plaza incendiaban algún edificio y los lamentos de las víctimas llegaban a sus oídos, Recio gritaba, poseído por una profunda nerviosidad, por una extraña locura.

Había intentado varias veces la fuga y siempre halló a su paso un inconveniente insuperable.

Las derrotas de los cantonales se sucedían con frecuencia alarmante. Ya se iban perdiendo todas las esperanzas del triunfo y Pernas hablaba de entregar la plaza, de someterse a las fuerzas gubernamentales.

Nueve meses de martirio que para Pedro Recio significaban un siglo.

Cierta noche mandaba nuestro protagonista una pequeña guardia en las vertientes del castillo de la Concepción. La reducida tropa estaba compuesta por presidiarios de los que, para reforzar la defensa de la plaza, habían recobrado una relativa libertad.

Recio, sentado sobre una piedra rectangular, soñaba despierto con la frente hundida entre las manos abiertas, cuando advirtió que, suavemente, le golpeaban uno de los brazos.

Era un presidiario que, levemente, le interrogó:

—Tú no eres de aquí, ¿verdad?

IV

NOCHE TRAGICA

Pedro Recio giró el rostro rápidamente. Por un instante creyó reconocer el rostro del que le hablaba, como algo muy lejano y muy confuso en el recuerdo.

Lentamente replicó, en lugar de responder:

—Tú eres de Madrid, como yo. Antes de ahora hemos hablado.

—Es verdad... ¡Muchas veces!... La vida fué mala conmigo o yo con ella... ¡quién sabe!

—Bueno... ¿y qué quieres?

—Decirte que tengo noticias de allá.

—¿Noticias?

—¡Sí!... Y noticias seguras... Las han traído ayer.

—¿Quién?

—Eso no se dice... La República se va.

—¡Eso quisieran!

—Como lo oyes. En nueve meses las cosas han cambiado mucho. Castelar está a punto de entregarla.

—No lo creo.

—Salmerón ya salió por la borda y hablan de raer al rey.

—¿Quién?

—Los alfonsinos.

—Eso no puede ser.

—¡Eso será antes de ocho días si Dios no lo remedia!

—¡Maldita sea!

El presidiario guardó una breve pausa y dijo después:

—Si tú quisieras... esta noche que mandas la guardia podríamos escaparnos.

—¡Escaparnos!

—¡Anda! Si es muy fácil... Manda a la gente lejos con cualquier excusa. Luego nos dejamos caer monte abajo hasta ganar el mar.

—¿Y qué?

—Tomaremos tierra por el monte de San Julián y pies para que te quiero.

—¿Y tú cres?

—No hay el menor peligro. La noche está oscura y no podrán descubrirnos, si hacemos las cosas bien y con talento.

Galvanizado por la tentación, Recio se alzó del rústico asiento. Avanzó unos pasos hacia la reducida tropa, alejándola con una orden. No perdieron el tiempo.

Diez minutos más tarde los dos hombres deslizábanse monte abajo y una hora después ganaban el mar.

—¡Ya lo has visto!—exclamó el presidiario.

Antes de que Recio pudiera expresar su comentario una lluvia de balas cayó sobre los dos fugitivos.

Hubo en la noche un grito de angustia que partió el aire. Pedro hundió su cuerpo en el mar, nadó con todas sus fuerzas, con todas las energías de su espíritu, que todo lo esperaba de tan difícil aventura.

Nadaba entre dos aguas, alzando de vez en cuando la cabeza para ganar aliento. Advirtió que no escuchaba bracear a su compañero de fuga.

—¡Ha sido más desdichado que yo!...—imaginó Pedro—. ¡Acaso habrá ganado!

Difícilmente pudo ganar tierra, subiendo con mucha dificultad por los acantilados de la costa. Cuando logró el propósito, reposó algunos instantes y luego emprendió ligero el camino hacia las tierras de Castilla.

Cauteloso, escondiéndose durante el día y caminando a través de la noche, pagando a peso de oro los pequeños auxilios que pudo recibir, logró cubrir la mayor parte del camino. Utilizó los vehículos que no le inspiraron sospechas, durmió inquieto y comió distraído en el fondo de algunas ventas oscuras, miserables y poco concurridas y, por fin, emprendió la penúltima jornada. Dos días más tarde, sus pies pisarían la capital de la comprometida República.

Resolvió caminar hasta llegar al fin de su viaje. Sus nervios exigían aquel ejercicio.

Despaciosamente atravesaba el campo. Hundido iba en sus reflexiones cuando un rumor extraño le detuvo. Era como un lamento sordo, intermitente. Dirigió sus pupilas hacia el próximo lugar de donde procedía y descubrió a un caballo sin jinete.

Corrió intrigado y a punto estuvieron sus pies de tropezar con el cuerpo de un hombre derribado sobre la maleza. Ancha herida le surcaba la frente. Sus manos ardían y los labios pronunciaban una extraña retahíla que Recio, cada vez más interesado en la aventura, escuchó inclinado sobre el herido.

Las palabras nacían fragmentadas, partidas por el sordo ronquido del malaventurado personaje.

—No he... perdido... la carta... ¡no! Y si la pierdo... pa... ra ...eso... sé su contenido... Ir a Guadalupe... al con... vento de la Concepción. Sor Patrocinio quiere... que Carmen vaya... a París... Desea con... seguir la con... fesión y si yo no logro... llevar... la me asesinarán.

Pedro experimentó un súbito y profundo estremecimiento.

¿Qué significaban aquellas palabras? Rápido, registró al herido y halló la carta y con ella la confirmación de la verdad.

Le faltó tiempo para saltar sobre el caballo y espolearlo bárbaramente. Segundos más tarde galopaba. La fortuna caprichosa habíale salido al paso en ayuda que parecía y era, en efecto, maravillosa.

—Nada tengo que temer—pensaba—. Llegaré a tiempo. Porque esa Carmen es ella, es mi Carmen. ¡Es la mía! Me lo dice el corazón, y mi corazón no me ha engañado nunca.

Hubo de refrenar la marcha de la cabalgadura por el temor de que, rendida, hubiera de abandonarle en la mitad del camino.

Nació la luz del nuevo día y con ella vino una nueva esperanza, un nuevo deseo de correr, de adelantar hacia el misterio que podía ser la suprema dicha.

Por fin, todavía lejos, descubrió la torre conventual, luego los árboles que poblaban el huerto de las monjas y, por fin, profundamente sorprendido, hubo de detener al caballo al descubrir el carruaje, en cuyas portezuelas campeaba el escudo del odiado aristócrata.

La realidad llegaba sin palabras, pero tan completa, tan elocuente, que Pedro Recio saltó rápido de su cabalgadura y, cautelosamente, para llevar todas las ventajas en aquel encuentro, que acaso había de ser definitivo, fuése acercando a los terrosos muros de la clausura y pegado a ellos avanzó hasta muy cerca del anchuroso portal.

La fatalidad hizo que descubriera como en acecho y en la misma dirección en que avanzaba Tomás, que agazapado, casi encogido a ras de tierra acaso esperaba el momento de intervenir.

Recio reconoció su fracasado asesino. Sin pensarlo mucho y junto al portal del convento cayó sobre el sacristanesco personaje y sin duda Tomás hubiera muerto a sus manos si en aquellos instantes Carmen, como vimos en nuestro capítulo precedente, no hubiese aparecido en el umbral de la clausura.

Pedro, al descubrirla, abandonó a su enemigo y corrió hacia la mujer de todos sus ensueños. Ya vimos cómo se reconocieron dichosos. Habíanse unido en estrecho abrazo, pero Tomás advirtió que la ocasión para su venganza era propicia. Gonzalo le ordenaba y el esbirro obedecía. Extrajo de su cintura un afilado cuchillo y lo alzó sobre la espalda de nuestro héroe.

¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

LA NOVELA INFANTIL

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- ROB-BOY, EL ESCOCES INVENCIBLE.—17 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORAZON DE LEON, EL REY AVENTURERO.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MONTBARTS, EL PIRATA JUSTICIERO.—29 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DICK TURPIN, EL AUDAZ ENMASCARADO.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM TYLER, EL REY DE LOS COW-BOYS.—21 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MANO DE HIERRO, EL ESPADACHIN INVENCIBLE.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BUFFALO BILL, EL EXTERMINADOR.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RUGGIERO, EL MISTERIOSO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KRAM, EL HIPNOTIZADOR.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KEN MAYNARD, EL COW-BOY INVENCIBLE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BARBARROJA, LA FIERA DEL MAR.—15 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SINMIEDO, EL DEMONIO DE LOS MARES.—50 cuad. a 10 cts. cuaderno.
LOS DEMONIOS DE LA SELVA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JIM BOY, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BRACK, EL REY DE LOS PIRATAS.—28 cuad., a 10 cts. cuaderno.
COLECCION DETECTIVESCA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS DRAMAS MISTERIOSOS.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORTACABEZAS, EL EXPLORADOR INVENCIBLE.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DE NORTE A SUR.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL NAVARRO, EL EXTERMINADOR DE LA PRADERA.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM MIX, EL COW-BOY INVENCIBLE.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DICK, EL REY DE LA PRADERA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CORREO DE LYON, O UN INOCENTE GUILLOTINADO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DEL CAPITAN RAYO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS CINCO INVENCIBLES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SANSON, EL PIRATA.—22° cuad., a 10 cts. cuaderno.
PUÑO DE ACERO, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LA VIDA AVENTURERA.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MASCARA NEGRA, EL VENGADOR.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BANDIDOS CELEBRES DE TODO EL MUNDO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JOSE MARIA, EL REY DE SIERRA MORENA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL TESORO DE LA ISLA DE FUEGO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS POR MAR.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL ROY, "El cow-boy justiciero", contra "OJO DE AGUILA", "El chacal de la pradera".—12 cuadernos, a 10 cts. cuaderno.
LOS CAMARADAS DE SATANAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAFFLES, EL REY DE LOS LADRONES DE FRAC.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS CATACUMBAS DE LONDRES.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HENRY KRACK, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BLANCOS Y PIELS ROJAS.—8 cuad., a 15 cts. cuaderno.
EL DUQUE FANTASMA.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BILL BULL, EL MAS CELEBRE DETECTIVE DEL MUNDO.—8 cuad. a 30 cts. cuaderno.
CINEMATOGRFO DE AVENTURAS.—8 cuad. a 20 cts. cuaderno.
EL CAPITAN LUCIFER.—6 cuad., a 20 cts. cuaderno.
EL AVENTURERO MILLONARIO.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA